

fesa el padre Dr. Pedro Sanchez para que la cabeza de la provincia bebiese el espíritu propio de la Compañía de aquella misma fuente de donde con tanta felicidad lo habia tomado toda ella. Esta reciente fundacion, aunque pendiente todavía el pleito de las *Cannas*, tomaba cada dia nuevas creces, así en el número de los sugetos, como en el concurso, utilidad y esplendor de sus ministerios. Singularmente se abrazaron desde luego los mas humildes en las plazas, en los hospitales y las cárceles. Un suceso bastantemente irregular dió para con el público mucha estimacion á este piadoso ejercicio. Habia ya llegado á uno de estos infelices el dia del suplicio, y aun llegado al pié de la horea. El padre que le ayudaba en aquel trance suplicó á los ministros de justicia que detuviesen un tanto la ejecucion interin daba cuenta al juez. No pudo saberse el motivo de aquella novedad. El padre partió con diligencia: á la nueva excepcion que propuso en favor del reo se vió claramente la nulidad del proceso y la inocencia del acusado. Salió luego orden para que lo volviesen á la cárcel, de donde poco despues salió absuelto. Los jueces dieron al padre muchísimas gracias: el vulgo y toda la ciudad, en que parece habia sido persona conocida el condeñado á muerte, prorumpian en públicas aclamaciones de la caridad, del celo y sabiduría de la Compañía. En lo interior de la casa no era de ménos edificacion la regular observancia y la asistencia jamás interrumpida á confesonario y púlpito. El padre Pedro Sanchez estableció, sin embargo de las ocupaciones de prepósito, la esplicacion de la doctrina y exhortacion moral cada ocho dias, de que tuvo principio la ilustre congregacion del *Salvador*, que por muchos años estuvo unida á la de la *Buena Muerte*, y las doctrinas, ocupaciones gloriosísimas que hasta ahora despues de doscientos años permanecen con tanto brillo y utilidad, y en que han florecido sugetos tan ilustres en todos tiempos. El padre Dr. Pedro Sanchez unia en sí todas las cualidades de un orador cristiano. En sus lábios se veian á una clarísima luz aun los misterios mas oscuros, y tenian una energía admirable aun las verdades mas comunes. Una presencia venerable, una voz sonora, y sobre todo, una vida irreprochable, daban mucha gracia y una grande autoridad á todos sus discursos. La ciudad y religiones que habian movido el pleito, no podian dejar de convenir de la utilidad de estos ministerios, y reconociendo en dos años que la vecindad de nuestra casa en nada perjudicaba á sus privilegios, ántes fomentaban con caridad y celo nuestros ejercicios. A pesar de la prohibicion de la real audiencia para que

no se emprendiese en aquel sitio alguna fábrica, se obtuvo de aquellos señores facultad para dar mayor capacidad y nueva forma á nuestra Iglesia, no solo sin oposicion, pero aun con gusto de las religiones y de la ciudad, que ayudó considerablemente con limosnas, así para la fábrica como para el sustento de sus individuos, y habia mucho lugar de creer que aunque no hubiera sido tan favorable á la Compañía la sentencia, siempre hubiera permanecido en aquel sitio.

El colegio máximo, descargado de una gran parte de los ministerios públicos con los prójimos, florecia con caridad y letras. Con la venida de los nuevos padres, que los mas se hubieron de destinar á esta casa, tuvieron bien en que ejercitarse, probando el Señor á los recién llegados de Europa con alguna enfermedad. De los antiguos moradores del colegio murieron tres, dejando grandes esperanzas de su salvacion. El hermano Teófilo Chioti, italiano, habia sido probado con diez años de una molesta enfermedad que sufrió con una serenidad admirable. En su humilde estado halló modo de aprovechar á los prójimos con santas conversaciones en que tuvo tan singular don del cielo, que rendidos á la fuerza de sus palabras, se dice haber entrado en religion mas de doce jóvenes. Frecuentaban su pobre aposento aun las personas de mas autoridad á encomendarse en sus oraciones y pedirle consejo. El Exmo. Sr. D. Luis de Velasco mostró mucho sentimiento de no haber podido asistir á su entierro, y estimó toda su vida y usó con veneracion del rosario que habia sido de nuestro buen hermano. Otro fué el padre José Cabrato, tambien italiano. Toleró con invicto sufrimiento cinco años de enfermedad. En los últimos meses, un poco convalecido, se ordenó de sacerdote por orden de nuestro padre general, que le habia ordenado volver á Italia. Algunos dias despues de las órdenes recayó con mas fuerza. Comulgaba en este tiempo todos los dias. En uno de estos, habiendo dado gracias con su acostumbrada devocion, volviendo con un rostro muy alegre dijo á los circunstantes: Ya no iré á Italia. El Señor me ha dado prendas de que para el dia de S. Ildelfonso me ha de sacar de este destierro. Estaba ya muy próximo el dia 23 de enero, que vió llegar con singular consuelo. Pidió á los padres que le asistían que le ayudasea con el credo para ser fortalecido en la fé, con el salmo del *miserere* para implorar por sus culpas la misericordia del Señor, y con la fórmula de nuestros votos para que fuese acepto á Dios el sacrificio de su vida. Luego entregó un catálogo de los santos de su devocion, para que faltándole el sentido invocasen por él su favor, y

Comedia latina representada en el patio del colegio máximo.

507.

Mexico

poco despues, en medio de estas piadosas preces, espiró con tranquilidad. Las muertes preciosas de estos sugetos inspiraron un nuevo fervor á todos los demas. Para juntar la sabiduría con la piedad, y el provecho de los prójimos con los ejercicios literarios, dispusieron nuestros profesores de humanidad una comedia latina que se representó en el patio de nuestro colegio con singular concurso el dia de S. Hipólito, patron de esta metrópoli. La historia de este Santo mártir dió asunto. Los estudiantes fueron los actores, y la ciudad quiso interesarse repartiendo premios correspondientes á muchas latinas y castellanas composiciones que ellos añadieron formando una especie de certámen †.

Fuera de estas piadosas estratagemas, que tal vez inventaba la caridad industriosa para hacer por medio de la diversion del entendimiento el tiro al corazon en el Seminario de S. Gregorio, anexo al colegio de S. Pedro y S. Pablo, se hacia una viva y continua guerra á los vicios, y se procuraba ayudar con todo género de ejercicios espirituales á la gente mas desvalida. En los de fuera y los de dentro, que eran mas de veinte hijos de los gobernadores y los caciques de las pueblos vecinos, ofrecia bastante cosecha este año una mortal epidemia que affligió á los indios; penetró en el Seminario á pesar de las mas prudentes precauciones. Cayeron todos; pero ayudados con todas las medicinas proporcionadas y una maternal asistencia, todos se libraron de la muerte que hacia por todas partes grandes estragos en esta infeliz gente. Se les procuró despues una regalada convalecencia, enviándolos con personas de satisfaccion á un lugar muy ameno, distante tres leguas de la ciudad. El amor, la veneracion y la confianza que una conducta tan amorosa para con sus hijos inspiraba á los indios, los hacia venir de muchas leguas á entregarlos á la educacion de los padres y entregarse ellos mismos á su direccion en temor de Dios y frecuencia de sacramentos; singularmente se esmeraban en esto los congregantes de nuestra Señora, que poco ántes se habian establecido. Algunas veces, entre año, salian en compañía de los padres por las calles públicas á llevar el sustento á los encarcelados. Esta misma obra de misericordia ejercitaron con mas liberalidad en las dos páscuas de Navidad y Resurreccion. Se hizo un solemne convite de cerca de trescientos pobres en cada una. Juntos en el patio de la casa salieron los padres mas ancianos y vene-

† Hoy dia casi ha desaparecido el idioma latino entre nosotros. Apénas entienden muchos clérigos el breviario, y de muchas lecciones de Santos se quedan en ayunas. Nada digamos de los himnos.—EE.

rables á servirles el agua de manos y los demás la comida. Se les repartieron mas de cincuenta vestidos nuevos, y á los que no pudieron alcanzar se les dió en dinero, y á muchos otros porciones de cacao que es moneda de que ellos usan. La liberalidad de los congregantes y la devocion de los padres, sacaba á los asistentes lágrimas de ternura con edificacion de toda la ciudad y no poca confusion de los españoles ricos que veian en los indios tan raros ejemplos de piedad. Debian tambien mucho al Seminario de S. Gregorio los pueblos vecinos á México á que salian cada año en misiones. De la que hizo esta cuaresma el padre Martin de Salamanca, en compañía del padre Juan Laurencio, escribe al padre rector del colegio de México en estos términos: „El beneficiado está muy agradecido á la que le escribió V. R., y se confiesa muy obligado á la Compañía. Luego que llegué á este pueblo de Zumpango les declaré el fin de mi venida y el del padre Juan Laurencio, que llegó aquí miércoles de ceniza, y ha ocho dias que está en Zitlaltepec confesando y trabajando con aquellos indios. Entiendo estará allá toda esta semana, y aun no acabará. Aquí estoy confesando con el beneficiado, y la gente es tanta, que nos obliga á estar de sol á sol. Predico dos sermones cada semana: los viernes de la penitencia, y aun siendo dia de trabajo se llena la Iglesia, que como V. R. sabe, es bien grande y capaz. Acuden algunos con sus túnicas de cilicio y cruces á cuestras á oír los sermones, y permanecen hincados de rodillas mientras se predica; despues salen en procesion por el cementerio de la Iglesia, y los cantores van cantando las letanías de los santos. Muchos se van disciplinando: vueltos á la Iglesia remata todo con la Salve de nuestra Señora. Estos sermones de los viernes introdujo aquí desde el año pasado el padre Antonio del Rincon, en los cuales, con su mucho espíritu y buena lengua, hizo mucho fruto, del cual gozo yo ahora. ¡Plegue á la Divina Magestad todo sea para su mayor gloria &c!?”

La misma caridad con que se atendia á los indios en el Seminario de S. Gregorio, animaba á nuestros operarios en el colegio del Espíritu Santo. Habíase visto en todos un nuevo fervor para este ministerio, despues de la venida del padre Dr. Pedro de Morales. Este grande hombre no parece que habia ido á Roma y Madrid, sino de procurador de los indios; tanto era lo que habia informado y lo que habia procurado traer en su favor. Luego que volvió á su gobierno del Espíritu Santo, procuró que se repartiase entre ellos un grande número de medallas, Cruces, estampas, ceras de Agnus, Rosarios y otras muchas co-

sas de devoción, á que la benignidad de nuestro santísimo Padre Clemente VIII habia vinculado muchas indulgencias, singularmente para los indios. Estos preciosos dones que se hacian en los principales concursos de ellos á la capilla de S. Miguel, acompañaba siempre una explicacion de su significacion, de su valor y de las prácticas de devoción con que debian reverenciarse, y mostró el Señor en algunos casos raros cuanto se agrada mas de la fé humilde y sencilla de esta gente, que de las luces estériles y profana sabiduría de las personas mas cultas. Los misioneros que cada año salian de este colegio á los pueblos comarcanos, iban tambien igualmente proveidos de estas preciosidades que repartian con mucho fruto. En uno de estos pueblos tuvo el padre noticia que algunos indios de los mas ancianos solian hacer en un monte no muy distante algunas secretas asambleas. Temeroso el siervo de Dios de alguna supersticion, se puso en camino con el beneficiado del lugar. Vencida no sin grande fatiga la cumbre del monte, tuvieron el dolor de hallar una multitud innumerable de pequeños y ahumados idolillos en diferentes monstruosísimas figuras. El padre, vuelto al pueblo, hizo poner algunos de ellos en la plaza pública, mandando á los niños que los quebrasen y ultrajasen con irrision y mofa. Los indios, que estaban ya muy bien instruidos, se avergonzaban del error de sus antepasados, pisaban con grande alegría y algazara aquellas obras de sus manos, que habian por tantos años engañado á sus mayores, dando con esta saludable confusion é inocente enojo una prueba grande de la pureza y sinceridad de su fé. Algunas de estas abominaciones, como gloriosos despojos de Jesucristo, trajo el mismo padre al Sr. D. Diego Romano, obispo de la Puebla. Esta vista enterneció grandemente á aquel celoso pastor, y le inspiró un nuevo deseo de la salud de los indios, y de que fuese en toda su diócesis adorado y reverenciado el vivo y verdadero Dios. Para formar su Illma. dignos ministros y pastores de almas, quiso y pidió con instancia que hubiese en el colegio, algunos dias á la semana, leccion de caso moral, á que asistiesen todos sus clérigos, al modo que en México lo habia practicado muchos años en su mismo palacio el Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras, y se continuó despues con tan conocida utilidad en nuestra Casa. Prófesa sup el y obisporoñi aindñ sup el ave oñam pñabñ nañ ab

Esta misma lección se estableció tambien en Valladolid á petición de su Illma., y de los mismos eclesiásticos. El ministerio de los hospitales se hacia en esta ciudad con mas lustre y frecuencia, que en al-

guna otra parte. Todos los domingos salian los padres acompañados de los mas autorizados eclesiásticos, de los republicanos y nuestros estudiantes. Servian el plato á los enfermos, se les dejaba alguna limosna, se les aderezaban los lechos, y concluia todo con una breve plática, de que quedaban igualmente aprovechados los enfermos y los sanos. Las misiones á pueblos de indios eran comunes á los colegios de Pátzcuaro, Guadalajara y Tepotzotlán. Este colegio era, digámoslo así, el Seminario de los misioneros. El padre Hernan Gomez, excelente en las lenguas *otomi, mazagua y mexicana*, parece que en las noticias del idioma habia infundido á los demas el mismo espíritu apostólico y la misma ternura y amor para con los indios, de que estaba este insigne operario enteramente poseido, y habiéndole faltado ya con la salud las fuerzas necesarias para apartarse lejos de Tepotzotlán, enviaba á todas partes hombres incansables. Tales fueron los padres *Diego de Torres, Juan Laurencio, Martin de Salamanca* y otros varios, que en aquel y en los siguientes tiempos florecieron. El amor y veneracion de los indios para con estos padres de sus almas, y la buena opinion que dejaban de sí en los pueblos *por donde pasaban beneficiando á todos*, no podemos explicarlo mejor, que insertando aquí un capítulo de carta del beneficiado de S. Juan del Río al padre Diego de Torres, en que (omitiendo grandes y extraordinarios elogios de la Compañía, que causarían confusion aun en la pluma) dice así: „Todos los indios y vecinos se han congregado y pedídomes que llame á V. R. para que me ayude á confesarlos en su lengua, y todos ellos *una voce*, dicen que „V. R. ha sido la causa de que conozcan á nuestro Señor. Yo conozco, padre y señor mio, que no tengo merecimientos para suplicarle „que me haga esta merced; mas de rodillas, y por reverencia del bendito nombre de *Jesus*, que V. R. tanto profesa amar y querer, se lo pido y suplico, pues V. R. es tan deseoso de salvar almas, y mas las nuestras, que estamos acá careciendo de tanto bien y doctrina. Por amor „de Dios, use V. R. de esta misericordia, que lo será grande por no ser „ni tener suficiente lengua para estos pobrecitos, que yo y los demas „de este pueblo, de rodillas serviremos á V. R., aunque no será conforme á nuestro deseo y á sus merecimientos; cuya respuesta aguardamos, y la buena venida de V. R., cuya vida y salud aumente nuestro „Señor largos años, &c.”

Nada ménos grande y edificativa idea de los ministerios de la Compañía, da otra carta del vicario de la isla de S. Juan de Ulúa en la bahía

de Veracruz. Dijimos como el Illmo. Sr. D. Pedro Moya de Contreras habia concedido á los padres de aquel colegio una pequeña casa y capilla en aquella isla, para el cultivo de las gentes de mar en el tiempo de las flotas, y alivio de los enfermos. Con la ocasion de los muchos navíos que habian venido á principios de este año, hizo allí su residencia el padre *Alonso Medrano*: asistió á los enfermos, que fueron muchísimos, y tanto por la enfermedad, como por dar lugar á la descarga dilató la mision hasta el adviento, en que publicó el jubileo de la Concepcion, titular de nuestra hermita. Confesaba el padre hasta las nueve de la noche, con tanto fervor y constancia de aquella gente, no la mas dócil del mundo, que en los corredores mismos se quedaba á pasar la noche para tener lugar por la mañana, en que desde las tres volvia el misionero á su tarea, y aun habiéndole asaltado una recia calentura, en veinticuatro horas que le duró, no dejó de satisfacer á la piadosa importunidad de los penitentes, que por una ventana baja y mal guarnecida, se entraban á ponerse de rodillas ante su pobre lecho. Hablando en este asunto el vicario de aquella isla, escribe al padre provincial en estos términos: „Con la de V. R. y el portador, recibí tanta merced y regalo, que no sabré encarecer. Páguelo nuestro Señor, á V. R., que cuando no haya de hacer el padre mas fruto que el que „ha hecho estos dias, es de mucha consideracion, porque habiendo predicado el adviento y encomendado en uno de los sermones el santo jubileo de la Concepcion, fué tanta la gente que acudió, que si como „eramos tres confesores, fuéramos treinta, habia gente para todos, y „con trabajar dia y noche, se quedaron muchos con el buen deseo. Al „fin le ganarian casi setecientas personas de mar y tierra, que no se „ha visto tal en este puerto. El padre Medrano ha quedado con muchos alientos de servir á nuestro Señor, y hacernos merced á todos. „Dios le dé las fuerzas que son menester. Del trabajo de los dias de „confesion nos dieron á los dos sendas calenturas. No serán mas con „el favor de Dios. Lo que encarecidamente suplico á V. P., es que el „padre Medrano no salga de aquí á otra mision, ni á la Veracruz, porque „que será un gran desconsuelo para toda esta gente, &c.”

Progresos de los jesuitas en otras naciones de este continente.

Tal era la ocupacion de los jesuitas en el seno de la provincia. Pero ¿quién podrá contar las muchas almas que entre las tierras de infieles salian cada dia de las tinieblas y sombra de la muerte á la admirable luz de la fé? A los muchos que copiosamente renacian en Sinaloa, se añadieron este año dos importantes establecimientos entre otras

naciones mucho mas bárbaras. Los chichimecas era una gente belicósísima que no habian podido domar *setenta y tres años de guerras casi continuas con los españoles*. Los vireyes de México, para asegurar los caminos á las minas de Zacatecas habian tomado inútilmente varios arbitrios. D. Luis de Velasco, el primero, habia fundado para este efecto los presidios de S. Felipe y S. Miguel el grande. D. Martin Enriquez, por los años de 1570, añadió la Concepcion de Zelaya para este mismo fin; pero estos presidios hacian poco ó ningun daño á una nacion que en la extension de muchas leguas no tenia asiento fijo alguno. Ellos, á la manera de los árabes, andaban siempre por aquellos arenales y campañas, haciendo una guerra tumultuaria, en tropas desbandadas á que no era posible resistir. No moraban en algun lugar, sino el tiempo que tenian en él frutas silvestres de que alimentarse, enteramente desnudos, ligerísimos en la fuga, y tan diestros y certeros en el manejo del arco al cometer, como al huir, lo que celebraban tanto los romanos en los antiguos Partos. Chichimecas habian ocupado el valle de México y poblado la Nueva-España ántes de los mexicanos.

Bien es verdad que á distincion de estos chichimecas incultos y salvajes, habia otros de que descendian los reyes de Tescuco, mas racionales y mas políticos. Estos sucedieron á los tultecas en la dominacion de la Nueva-España. Vestian martas ó pellejos, curtidos con bastante honestidad hombres y mugeres, y los capitanes y señores las pieles de leones, tigres, osos y lobos que habian muerto en la caza. Esto les daba el alimento y la materia de sus víctimas. A la primera ave ó fiera que mataban, cortaban la cabeza, y levantada la mano la tenian expuesta un rato á los rayos del sol, á quien adoraban, dejándola despues en el mismo lugar clavada en una pica. Estas con el arco y la flecha eran sus armas en la guerra, aunque para la caza los caciques y señores usaban tambien de cervatanas, de que se dice haber sido ellos los inventores en la América. No tenian sino una muger aun los príncipes, y la pluralidad de ellas ó el incesto con parientas cercanas, era entre ellos un crimen inaudito. Habia entre estas naciones su gerarquía y forma de gobierno, dividido en varias ciudades, provincias y señoríos, de los cuales permaneció hasta el tiempo de la conquista el de Ixtlilxuchitl, que bautizado despues se llamó D. Fernando, señor de Texcuco, que ayudó mucho á Cortés en la toma y sitio de México. Es muy verosímil que los bárbaros chichimecas, de que

ahora hablamos, fuesen de estos antiguos que al arribo de la numerosa nacion de los mexicanos se hubiesen retirado mas adentro de la tierra, como á cuarenta leguas al Oeste Nordeste de México, donde vivian de un perpetuo saltéo. Esta congetura la confirma maravillosamente lo que sacado de las primeras relaciones de los españoles, escribe *Laet*, y algunos otros antiguos, haberse hallado señales nada equívocas entre los chichimecas, de que sus campos habian sido en otro tiempo curiosamente cultivados, y en no pocos lugares bastantes muestras de grandes y populosas ciudades, que solo habian quedado para mostrar cuán fácilmente roto el freno de la sujecion, la monarquía degenera muy breve en irreligion y en barbárie. Las continuas guerras con estos salteadores costaron mucha sangre á los mexicanos, sin haberles podido sujetar ni avanzar, sino muy poco sus conquistas al lado del Norte; cuando por el Oriente, Poniente y Mediodia, habia Moctheuzoma reunido á su corona tantas y tan remotas provincias.

La pacificacion de estas regiones estaba reservada al piadoso virey D. Luis de Velasco el segundo, ó por mejor decir, á la humildad y simplicidad de la Cruz. El virey, viendo frustradas las esperanzas todas é inútiles los esfuerzos de sus predecesores y consumida en vano una gran parte de la real hacienda, en presidios, en casas fuertes, en carros cubiertos, y otras providencias que se habian tomado para la seguridad de las carabanas que pasaban á las minas, determinó que los pobres y humildes religiosos probasen en esta expedicion las armas de su milicia, y á que habian tenido tan poco efecto las de los soldados. Una parte de aquella region encomendó á los religiosos de S. Francisco, siempre venerados justamente como los padres y fundadores de la religion en la América. En la frontera principal de la nacion, mandó fundar un nuevo pueblo, á quien por devoción al santo de su nombre llamó *S. Luis*, y en atencion al piadoso designio de la pacificacion y reduccion de los chichimecas, añadió el sobre nombre *de la Paz*, con que es hasta ahora conocido. Está situado á las orillas de un pequeño rio en la altura de 22 grados y cuarenta minutos al Noroeste de México, setenta leguas. Este nuevo pueblo quiso el excelentísimo se encargase á la Compañía, obligándose en nombre de S. M. á mantenerlos de la real hacienda, y señalando considerable renta que se repartiase entre los mismos indios, los mas interesados del mundo, en carne, en maiz y ropa. Se mandó asimismo deducir una colonia de indios otomis, antiguos cristianos, asignándoseles tierras y agua para sus sementeras, y

Describense
las feroces cos

habiéndolos por exentos del tributo que pagan á S. M. los demas. Unas órdenes tan prudentes y cristianas, no podian dejar de tener todo el éxito feliz que el virey se prometia. Partieron prontamente por setiembre de este año los padres *Francisco Zarfate* y *Diego Monzalve*, con otro compañero, cuyo nombre callan nuestros manuscritos, llevando consigo cuatro indizuelos del Seminario de S. Martin de Tepotzotlán, que les sirviesen de catequistas. Su entrada en el pais y principios de su predicacion, expone el mismo padre Zarfate en carta al padre provincial, fecha en 20 de noviembre del mismo año, en los siguientes términos: „A este pueblo de *S. Luis de la Paz* venimos el setiembre pasado á petición é instancia del Sr. virey. Vase por la gracia y favor de Dios haciendo algun fruto, y cada dia se espera mas: solo tememos la inconstancia natural de estos indios. Por lo que hemos experimentado, podemos decir que no es poco lo que se hace en esta frontera, que aunque en otra parte hicieran mas los chichimecas, pero aquí cualquiera cosa es mucho por ser estos los peores de todos y los mayores homicidas y salteadores de toda la tierra. Precian tanto de esta inhumanidad, que como por blason traen consigo en un hueso contadas las personas que han muerto, y hay quien numere veintiocho y treinta, y algunos mas. Es gente muy holgazana, especialmente los hombres; las mugeres son las que cargan y traen leña y lo demas de su servicio. Ahora han sembrado algun maiz con la esperanza del provecho, porque cuasi todo lo venden al rey para que vuelva á dárselo. Las mugeres hacen el vino, y ellos lo beben largamente hasta perder el sentido cada tercer dia. El material de que sacan este licor es de la tuna: el modo de fabricarlo es quitar la cáscara á esta fruta, colar el zumo en unos tamices de paja, y ponerlo al fuego ó al sol, donde dentro de una hora fermenta y hierve grandemente. Como esta especie de vino no es muy fuerte les dura poco la embriaguez y vuelven á beber. Este es uno de los mayores obstáculos para la propagacion del Evangelio. La tuna dura siete y ocho meses: los que la tienen en casa, están perdidos con la ocasion; los que la tienen fuera, están remontados, y desamparan sus chozas sin dejar en ellas mas que un viejo ó una vieja. El amancebamiento no es deshonra entre ellos; ántes las mugeres lo publican luego, y si algunos las celan ó las riñen, con gran facilidad se van á otra casa y no vuelven sino despues de muchos alhagos. No hay cabeza entre ellos, ni género de gobierno, si no es en la guerra, y esta es la mayor dificultad, porque es menester ganar á cada uno de por sí;

tumbros de
los chichime-
cas.

tanto, que el hijo no reconoce al padre ó madre, ni le obedece. En sus operaciones no tienen mas motivo ni mas fin que su antojo, y preguntados no dan otra causa sino que así lo dice y lo quiere su corazón. Son muy codiciosos de lo ageno, muy avarientos de lo suyo, y extremadamente delicados. Una palabra, un mal gesto basta para ahuyentarlos. Los indios de la tierradentro, como criados en mas simplicidad, tienen mejores respetos: aquí tenemos de ellos algunos *Pamies*, que son como los otomíes de por allá, y en estos se puede hacer mucho mas fruto. Ellos se han venido á convidar que quieren poblar aquí y ser cristianos. Dios lo quiera, porque con estos de aquí lo mas que se podrá hacer será domesticarlos, é ir muy despacio imponiendo bien á sus hijos. Tambien es mucha la dificultad del idioma, porque en treinta vecinos suele haber cuatro y cinco lenguas distintas, y tanto, que aun despues de mucho trato no se entienden sino las cosas muy ordinarias. La paz se va fomentando con el buen trato, aunque de una y otra parte no faltan temores. Nosotros llegamos aquí el dia 10 de octubre con salud, aunque no sobrada, por los serenos y soles. Fuimos bien recibidos de los indios, que aun, lo que es muy admirable entre ellos, nos ofrecieron de lo poco que tenían. Lo mismo hicieron en S. Márcos, donde el sitio no es tan bueno, aunque hay mas gente. Vuelto aquí, les envié un indio bien instruido que los enseñase y dispusiese al bautismo; pero el padre Monsalve, que fué allá á los dos ó tres dias, lo ganó de tal modo, que tenían preparadas las ollas del vino, y no bebieron en diez ó doce dias, y el padre comenzó á catequizar algunos en la lengua *guaxabana*, y bautizó diez y seis adultos, y casó seis pares. Indias gentiles no hay ya mas que dos, y esas han pedido el bautismo. De estas, la una se catequiza, porque tenemos ya el catecismo traducido en su idioma. La otra es una vieja que vino á mí cuasi desnuda con un presente de tunas, y puesta de rodillas me pidió que la bautizase. La consolé y dí de comer, y procuraré que se bautice cuanto ántes. Dos pares han pedido aquí casarse, y mandándolos apartar miéntras se doctrinaban, obedecieron con prontitud, que en gente tan acostumbrada á una entera libertad no es poco. Todos nos van teniendo respeto y se dejan prender, aunque sean capitanes, y se va consiguiendo alguna enmienda de la embriaguez. La escuela de los niños va bien, aunque con harto trabajo, porque no se les puede castigar. Con su mucha habilidad aprenden y empiezan ya á cantar. Sus padres que gustan mucho los dan de buena gana y vinieron á verlos á la escuela. Un capitán

que no halló á su hijo, lo mandó buscar y lo castigó. Esta semana nos han traído sus padres dos de cuatro leguas de aquí. Cada día acuden mejor, y hoy se me vino á quejar uno muy escandalizado de que otro le habia llamado *diablo*. El padre Monsalve les ayuda y enseña canto, y otro muchacho de los que vinieron de Tepotzotlán. Estos son de mucho provecho: nos hacen compañía aquí y donde quiera que vamos, y atraen á otros niños y aun á sus padres: proceden con mucha edificacion confesando y comulgando á menudo para la enseñanza de los demas: no entran á ninguna casa de los indios del país, ni salen de la nuestra sin licencia: á uno de estos dijo no se qué chanza poco honesta la hija de un capitán; el jóven se horrorizó, y con admirable simplicidad dió cuenta al padre de la moza, que vino á contármelo muy edificado porque es de mucha razon, y castigó á su hija. Los chichimecas, segun lo que entiendo, son de mas brio y capacidad que los demas indios: no se sientan en el suelo: son amigos de honra y de interes, y si ellos diesen en buenos, me parece lo serian ventajosamente.”

Hasta aquí la carta del padre Francisco Zarfate, que como un padre tiernamente amante de sus pequeñuelos hijos, se goza en referir aun las mas menudas acciones mirándolas en una cristiandad recién nacida, como flores de esperanzas que prometian en la série felicísimos progresos de la religion entre aquellas naciones. Aun con mas rapidez se adelantaban las espirituales conquistas por el lado de Guadiana †. De esta residencia y la de Zacatecas salian los misioneros avanzando siempre ácia el Norte, por donde está mas poblado y mas abierto el terreno de la América. Habiase tenido noticia de los muchos pueblos al rededor de la gran laguna de S. Pedro. Está situada esta laguna á los 28 grados y cerca de doscientas leguas al Norte de México, y la forma el rio de las Naças, que nace á las faldas de la gran sierra de Topia del lado de la provincia de Tepeguanes. Tiene de circunferencia el lago muy cerca de cuarenta leguas, y pasa algunas veces de sesenta en sus crecientes. Estas las causan en tiempo de las lluvias las avenidas del rio, y en un país por otra parte tan seco, son bastantemente provechosas. Riegan y fertilizan las campañas circunvecinas, y traen á sus moradores una cantidad prodigiosa de peces, de que hacen su mas

† Los jesuitas no solo consiguieron reducir á estos pueblos á la religion de Jesucristo, sino que los hicieron felices proporcionándoles recursos de subsistencia; plantaronles viñedos, cuyas ubas vendian en Guanajuato y Querétaro, y sacaban mucho dinero.—EE.

ordinario alimento, como tambien de los patos, de que quedan llenas las praderas en los esteros y charcos que dejan las inundaciones; el terreno es llano y unido; el clima seco y algo mas caliente que frio. Condimentan la bebida, y forman el pan de una raiz muy frecuente en sus lagunas, semejante á las que llaman aneas en España. Eran los habitantes de esta region bastantemente hábiles, mas bien hechos de talle, y mucho mas dóciles que los demas infieles, de que hasta este tiempo se habia encargado la Compañía: muy tímidos, y por tanto extremamente inclinados á la supersticion. En pariendo la muger, el marido se abstiene por algunos dias de toda carne y pescado. Comiéndolo, se creeria menor la indignacion de estos animales, que no cederian á ningunos esfuerzos para dejarse prender en la pesca ó en la caza. Cuando tomaban en esta algun venado, conservaban intacta la cabeza, como una divinidad que habia de favorecerles en la caza de muchos otros de su especie. El temor de los malos espíritus, que en su idioma llaman *Cachimipa*, hacia todo el fondo de su religion. Este les hacia sacrificar muchas veces á sus primogénitos, y honrarle con ciertos bailes nocturnos, aunque con entera separacion del uno y el otro sexo. Una de sus mas notables supersticiones era la de los torbellinos ó remolinos de aire, que como en tierra llana y seca, eran muy frecuentes en aquellos paises. En observando alguno de estos, aunque fuese muy léjos, se arrojaban con el pecho en tierra diciendo á voces el nombre de aquel imaginario Dios á quien temian. Los fervorosos padres *Francisco Ramirez* y *Juan Agustin* fueron los primeros que sembraron en esta tierra inculca las semillas de la divina palabra, y fundaron la mision que aun hoy subsiste en Parras, nombre que despues le dieron los españoles á causa de la fecundidad de sus viñas. Los principios de esta reduccion los tomaremos de las mismas cartas en que dieron al padre provincial cuenta exacta de sus trabajos. El padre *Francisco Ramirez* escribe así. „Trájonos Su Magestad á principios de agosto á este pueblo de Concueme (hoy comunmente de *Cuencamé*) el cual está en un valle muy espacioso y muy ancho coronado de hermosos montes, que por estar algo léjos hacen una vista apacible, y es todo poblado de grandes frescuras que conservan siempre en su verdor unas fuentes que manan en medio, con que se cultivan las milpas. Tiene mucha caza y grande abundancia de dátiles muy sabrosos, mucha miel, tunas y otras frutas de los indios, que son aquí muy domésticos y afables. No usan arco ni flecha sino para la caza, y visten ropas que por su trabajo les dan

los españoles. Son bien agestados y de gentiles talles, y los niños muy hermosos, muchos de cabello rubio, aunque las familias que hay en este pueblo apenas llegan á treinta. Está este pueblo entre los dos rios de las Masas y Guanabal: del primero solo dista ocho leguas al Oriente. Cuando vine me salieron á recibir algunos á caballo con gran comedimiento, y á la entrada del pueblo salieron todos, divididos los hombres de las mugeres, y algunos principales me ofrecieron sus dones de pescado, melones y sandías. Me hospedó en su casa, la única que habia de adobes en todo el lugar, un indio tarasco con mucha caridad, y ciertamente hubiéramos pasado sin él muchos trabajos para el sustento. Luego vino á vernos un indio de Culiacán que tiene estancia media legua de aquí, el cual nos proveyó de carne y leche algunas veces. La pieza que me tenian para dormir hallé tan blanca y aseada, que luego la hice Iglesia, y cercando un pátio pusimos en él muchas flores ya para brotar, y los indios cubrieron con brevedad y mucha gracia un portálico y dos aposentos. Hemos hecho un huerto y sembrado algunas legumbres para tener que comer, y lo riega un venero de agua que pasa por la puerta. Está todo esto arrimado á un risco hermoso tan alto y tan lleno de verdura, que convida á hacer muy largos ejercicios. Comencé luego á aprender la lengua y traducir el catecismo y oraciones que ya saben todos. No me atrevo á bautizar hasta tener aquí asiento: solo lo hice con una india *in articulo mortis*, y con un viejo que parece lo guardaba el Señor para recibir el bautismo, y habiendo estado muy atento y percibido los misterios de la fé, dando muestras de dolor de sus pecados, luego que lo recibió perdió el juicio y así murió. Los indios están estremamente contentos, y agradecen y ponderan mucho lo que hacemos con los muertos y enfermos. A estos visito con el fiscal y mis compañeros: llévoles agua bendita y lo que puedo de cosas de comer, y voy de cama en cama diciendo evangelios á que ellos atribuyen la salud que el Señor les da. Dicen que si me voy de aquí se han de ir conmigo. Entiendo que si el virey y gobernador ayudan, será fácil atraer muchos otros que no viven en pueblos ni siembran como estos. Dios mueva á los que gobiernan para que se compadezcan de ellos, y á nosotros nos dé luz para que acertemos con su santa voluntad, &c. Cuencamé y agosto 31 de 1594.”

El padre *Juan Agustin* refiere así los bellos principios de su mision. „El primer pueblo á que llegué de esta provincia de Zacatecas está al pié del Cerro Gordo, llamado así de los nuestros por su grandeza y al-